

## THE BET BY ANTON CHEKHOV

Use CommonLit translation <https://www.commonlit.org/en/texts/the-bet>

Era una noche oscura de otoño. El viejo banquero caminaba por su estudio y recordaba cómo, quince años antes, había dado una fiesta una noche de otoño. Había muchos hombres inteligentes allí, y había habido conversaciones interesantes. Entre otras cosas, habían hablado de la pena capital. La mayoría de los invitados, entre los que había muchos periodistas y hombres intelectuales, desaprobaban la pena de muerte. Consideraron que esa forma de castigo era anticuada, inmoral e inadecuada para los Estados cristianos. En opinión de algunos de ellos, la pena de muerte debería sustituirse en todas partes por la cadena perpetua. — No estoy de acuerdo contigo — dijo su anfitrión el banquero. “No he juzgado ni la pena de muerte ni la cadena perpetua, pero si se puede juzgar a priori, la pena de muerte es más moral y más humana que la cadena perpetua. La pena capital mata a un hombre a la vez, pero el encarcelamiento de por vida lo mata lentamente. ¿Qué verdugo es el más humano, el que te mata en pocos minutos o el que te arrastra la vida en el transcurso de muchos años?”

“Ambos son igualmente inmorales”, observó uno de los invitados, “porque ambos tienen el mismo objeto: quitarle la vida. El Estado no es Dios. No tiene derecho a quitarle lo que no puede restaurar cuando quiera.”

Entre los invitados había un joven abogado, un joven de cinco y veinte años. Cuando se le preguntó su opinión, dijo:

“La sentencia de muerte y la cadena perpetua son igualmente inmorales, pero si tuviera que elegir entre la pena de muerte y la cadena perpetua, ciertamente elegiría la segunda. Vivir de todos modos es mejor que no.”

Surgió una animada discusión. El banquero, que era más joven y más nervioso en aquellos días, de repente se dejó llevar por la emoción; golpeó la mesa con el puño y gritó al joven:

“¡No es verdad! Te apuesto dos millones a que no te quedarías en confinamiento solitario durante cinco años”.

— Si lo dices en serio — dijo el joven —, aceptaría la apuesta, pero me quedaría no cinco, sino quince años.

“¿Quince? ¡Hecho!” gritó el banquero. “¡Caballeros, juego dos millones!”

“¡De acuerdo! ¡Tú apostarás a tus millones y yo a mi libertad!” dijo el joven.

¡Y esta apuesta salvaje y sin sentido se llevó a cabo! El banquero, mimado y frívolo, con millones más allá de su juicio, estaba encantado con la apuesta. En la cena se burló del joven, y dijo:

“Piénselo mejor, jovencito, mientras todavía hay tiempo. Para mí dos millones es un poco, pero estás perdiendo tres o cuatro de los mejores años de tu vida. Digo tres o cuatro, porque no te quedarás más. Tampoco olvides, infeliz, que el confinamiento voluntario es mucho más difícil de soportar que obligatorio. La idea de que tienes el derecho de salir en libertad en cualquier momento envenenará toda tu existencia en prisión. Lo siento por ti.”

Y ahora el banquero, caminando de un lado a otro, recordó todo esto, y se preguntó: “¿Cuál era el objeto de esa apuesta? ¿De qué sirve ese hombre perder quince años de su vida y que yo tire dos millones? ¿Puede demostrar que la pena de muerte es mejor o peor que la cadena perpetua? No, no, no. Todo fue sin sentido y sin sentido. Por mi parte era el capricho de un hombre mimado, y por su parte simple codicia por el dinero...”

Entonces recordó lo que siguió esa noche. Se decidió que el joven debía pasar los años de su cautiverio bajo la más estricta supervisión en una de las logias del jardín del banquero. Se acordó que durante quince años no debía ser libre de cruzar el umbral de la logia, de ver a los seres humanos, de escuchar la voz humana, o de recibir cartas y periódicos. Se le permitió tener un instrumento musical y libros, y se le permitió escribir cartas, beber vino y fumar. Según los términos del acuerdo, las únicas relaciones que podía tener con el mundo exterior eran por una pequeña ventana hecha a propósito para ese objeto. Podría tener todo lo que quisiera — libros, música, vino, etc. — en cualquier cantidad que deseara escribiendo un pedido, pero sólo podía recibirlos a través de la ventana. El acuerdo preveía cada detalle y cada detalle que haría que su encarcelamiento fuera estrictamente solitario, y obligaba al joven a permanecer allí exactamente quince años, comenzando desde las doce del 14 de noviembre de 1870 y terminando a las doce del 14 de noviembre de 1885. El menor intento de su parte de romper las condiciones, aunque sólo dos minutos antes del final, liberó al banquero de la obligación de pagarle los dos millones.

Durante el primer año de su reclusión, por lo que se puede juzgar por sus breves notas, el preso sufrió gravemente la soledad y la depresión. Los sonidos del piano podían ser escuchados continuamente día y noche desde su casa de campo. Se negó al vino y al tabaco. El vino, escribió, excita los deseos, y los deseos son los peores enemigos del prisionero; y además, nada puede ser más triste que beber buen vino y no ver a nadie. Y el tabaco estropeó el aire de su habitación. En el primer año los libros que envió eran principalmente de un personaje ligero: novelas con una complicada trama amorosa, historias sensacionales y fantásticas, etc.

En el segundo año, el piano estaba en silencio en la logia, y el prisionero sólo preguntó por los clásicos. En el quinto año la música fue audible de nuevo, y el prisionero pidió vino. Los que lo

miraban por la ventana dijeron que todo ese año no hacía más que comer y beber y tumbado en su cama, bostezando frecuentemente y hablando con rabia consigo mismo. No leía libros. A veces por la noche se sentaba a escribir; pasaba horas escribiendo, y por la mañana desgarraba todo lo que había escrito. Más de una vez se le oyó llorar.

En la segunda mitad del sexto año, el preso comenzó a estudiar con celo idiomas, filosofía e historia. Se lanzó ansiosamente en estos estudios, tanto es así que el banquero tuvo suficiente que hacer para conseguirle los libros que ordenó. En el transcurso de cuatro años se adquirieron unos seiscientos volúmenes a petición del interesado. Fue durante este período que el banquero recibió la siguiente carta de su prisionero:

“Mi querido carcelero, te escribo estas líneas en seis idiomas. Muéstralos a las personas que conocen los idiomas. Deja que los lean. Si no encuentran un error le imploro que disparen en el jardín. Ese disparo me mostrará que mis esfuerzos no han sido desechados. Los genios de todas las edades y de todas las tierras hablan idiomas diferentes, pero la misma llama arde en todos ellos. ¡Oh, si tan sólo supieras la felicidad sobrenatural que siente mi alma ahora por ser capaz de entenderlas!” El deseo del prisionero se cumplió. El banquero ordenó que se dispararan dos disparos en el jardín.

Luego, después del décimo año, el prisionero se sentó inmóvil a la mesa y no leyó más que el Evangelio. Parecía extraño para el banquero que un hombre que en cuatro años había dominado seiscientos volúmenes aprendidos debería perder casi un año en un libro delgado fácil de entender. La teología y las historias de la religión siguieron los Evangelios.

En los dos últimos años de su reclusión el preso leyó una inmensa cantidad de libros de manera indiscriminada. En un momento estaba ocupado con las ciencias naturales, entonces él preguntaba por Byron o Shakespeare. Había notas en las que exigía al mismo tiempo libros sobre química, y un manual de medicina, y una novela, y algún tratado de filosofía o teología. Su lectura sugería a un hombre nadando en el mar entre los restos de su barco, y tratando de salvar su vida agarrándose con avaricia primero a un remo y luego a otro.

El viejo banquero recordó todo esto, y pensó:

“Mañana a las doce recuperará su libertad. Según nuestro acuerdo, debería pagarle dos millones. Si le pago, todo se acabará conmigo; seré arruinado.”

Quince años antes, sus millones habían estado más allá de sus cuentas; ahora tenía miedo de preguntarse cuáles eran mayores, sus deudas o sus bienes. Los juegos de azar desesperados en la Bolsa de Valores, la especulación salvaje y la excitabilidad que no podía superar incluso en años avanzados, habían llevado por grados a la disminución de su fortuna y el millonario orgulloso, valiente y seguro de sí mismo se había convertido en un banquero de rango medio, temblando en cada ascenso y caída en su inversiones. “¡Maldita apuesta!” murmuró el viejo, agarrando la cabeza en la desesperación. “¿Por qué no murió el hombre? Ahora sólo tiene

cuarenta años. Me quitará mi último centavo, se casará, disfrutará de la vida, jugará en el Intercambio; mientras yo lo miraré con envidia como un mendigo, y escucharé de él todos los días la misma frase: “¡Te estoy en deuda por la felicidad de mi vida, déjame ayudarte!” ¡No, es demasiado! ¡El único medio de salvarse de la bancarrota y la desgracia es la muerte de ese hombre!”

Acercaron las tres de la tarde, el banquero escuchó; todos dormían en la casa y no se podía oír nada fuera sino el susurro de los árboles refrigerados. Tratando de no hacer ruido, tomó de una caja fuerte ignífuga la llave de la puerta que no había sido abierta durante quince años, se puso el abrigo y salió de la casa.

Estaba oscuro y frío en el jardín. La lluvia estaba cayendo. Un viento húmedo cortante estaba corriendo por el jardín, aullando y dando a los árboles ningún descanso. El banquero tensa sus ojos, pero no podía ver ni la tierra ni las estatuas blancas, ni la logia, ni los árboles. Al ir al lugar donde estaba la cabaña, llamó dos veces al vigilante. No se ha seguido ninguna respuesta. Evidentemente, el vigilante había buscado refugio del clima, y ahora estaba dormido en algún lugar, ya sea en la cocina o en el invernadero.

— Si tuviera el coraje de llevar a cabo mi intención — pensó el viejo —, la sospecha recaería primero sobre el vigilante.

Se sintió en la oscuridad por los escalones y la puerta, y entró en la entrada de la logia. Luego se metió a tientas en un pequeño pasaje e iluminó una cerilla. No había un alma allí. Había una cama sin ropa de cama, y en la esquina había una estufa oscura de hierro fundido. Los sellos de la puerta que conducía a las habitaciones del prisionero estaban intactos.

Cuando el partido salió el viejo, temblando de emoción, asomó a través de la pequeña ventana. Una vela se encendía con poca intensidad en la habitación del prisionero. Estaba sentado en la mesa. Nada podía verse más que su espalda, el pelo de su cabeza, y sus manos. Los libros abiertos estaban tumbados sobre la mesa, sobre las dos sillas, y sobre la alfombra cerca de la mesa.

Pasaron cinco minutos y el prisionero no se movió ni una vez. 15 años de prisión le habían enseñado a quedarse quieto. El banquero tocó la ventana con el dedo, y el prisionero no hizo ningún movimiento en respuesta. Luego, el banquero rompió con cautela los sellos de la puerta y puso la llave en el ojo de la cerradura. La cerradura oxidada dio un sonido de rejilla y la puerta crujía. El banquero esperaba escuchar de inmediato pasos y un grito de asombro, pero pasaron tres minutos y estaba tan tranquilo como siempre en la habitación. Se tomó la decisión de entrar.

En la mesa un hombre a diferencia de la gente común estaba sentado inmóvil. Era un esqueleto con la piel apretada sobre sus huesos, con largos rizos como la de una mujer y una barba peluda. Su cara era amarilla con un tinte terroso en ella, sus mejillas eran huecas, su espalda

larga y estrecha, y la mano sobre la que se apoyaba su cabeza peluda era tan delgada y delicada que era terrible mirarla. Su cabello ya estaba manchado de plata, y al ver su rostro demaciado y envejecido, nadie habría creído que sólo tenía cuarenta años. Estaba dormido... Delante de su cabeza inclinada había sobre la mesa una hoja de papel en la que había algo escrito con letra fina.

“¡Pobre criatura!” pensó el banquero, “él está dormido y lo más probable es soñar con los millones. Y sólo tengo que tomar a este hombre medio muerto, tirarlo a la cama, ahogarlo un poco con la almohada, y el experto más concienzudo no encontraría señales de una muerte violenta. Pero primero leamos lo que ha escrito aquí...”

El banquero tomó la página de la tabla y decía lo siguiente:

“Mañana a las doce recobro mi libertad y el derecho a asociarme con otros hombres, pero antes de salir de esta sala y ver el sol, creo que es necesario decir unas palabras. Con la conciencia tranquila os digo, como ante Dios, que me ve, que desprecio la libertad, la vida y la salud, y todo lo que en vuestros libros se llama las cosas buenas del mundo.

“Durante quince años he estado estudiando atentamente la vida terrenal. Es cierto que no he visto la tierra ni los hombres, pero en sus libros he bebido vino fragante, he cantado canciones, he cazado ciervos y jabalíes en los bosques, he amado a las mujeres... Bellezas tan etéreas como las nubes, creadas por la magia de tus poetas y genios, me han visitado por la noche, y han susurrado en mis oídos maravillosos cuentos que han puesto mi cerebro en un torbellino. En sus libros he subido a las cumbres de Elburz y Mont Blanc, y desde allí he visto salir el sol y lo he visto inundar el cielo, el océano y las cumbres de las montañas con oro y carmesí. He visto desde allí el relámpago parpadeando sobre mi cabeza y cortando las nubes de tormenta. He visto bosques verdes, campos, ríos, lagos, pueblos. He oído el canto de las sirenas, y las cepas de las pipas de los pastores; he tocado las alas de los demonios guapos que volaron para conversar conmigo de Dios... En sus libros me he arrojado al abismo sin fondo, he hecho milagros, matado, quemado pueblos, predicado nuevas religiones, conquistado reinos enteros...

“Tus libros me han dado sabiduría. Todo lo que el pensamiento inquebrantable del hombre ha creado en los siglos se comprime en una pequeña brújula en mi cerebro. Sé que soy más sabio que todos ustedes.

“Y desprecio tus libros, desprecio la sabiduría y las bendiciones de este mundo. Todo es inútil, fugaz, ilusorio y engañoso, como un espejismo. Pueden ser orgullosos, sabios y bien, pero la muerte los borrarán de la faz de la tierra como si no fueran más que ratones enterrando bajo el suelo, y su posteridad, su historia, sus genios inmortales arderán o congelarán junto con el globo terrestre.

“Has perdido tu razón y has tomado el camino equivocado. Has tomado mentiras por verdad, y espanto por belleza. Te maravillarías si, debido a extraños acontecimientos de algún tipo, las ranas y lagartos crecieran repentinamente en manzanos y naranjos en lugar de fruta, o si las rosas empezaran a oler como un caballo sudando; así que me maravillo de vosotros que intercambiáis el cielo por la tierra. No quiero entenderte.

“Para demostrarte en acción que desprecio todo por lo que vives, renuncio a los dos millones de los cuales una vez soñé como de paraíso y que ahora desprecio. Para privarme del derecho al dinero salgo de aquí cinco horas antes del tiempo fijado, y así romper el pacto...”

Cuando el banquero había leído esto, puso la página sobre la mesa, besó al extraño en la cabeza, y salió de la casa llorando. En ningún otro momento, incluso cuando había perdido mucho en la Bolsa de Valores, había sentido un gran desprecio hacia sí mismo. Cuando llegó a casa se acostó en su cama, pero sus lágrimas y emociones le impusieron durante horas de dormir.

A la mañana siguiente, los vigilantes entraron con rostros pálidos, y le dijeron que habían visto al hombre que vivía en la cabaña subir por la ventana al jardín, ir a la puerta y desaparecer. El banquero fue inmediatamente con los sirvientes a la casa de campo y se aseguró de la huida de su prisionero. Para evitar la conversación innecesaria, tomó de la mesa la escritura en la que se renunció a los millones, y cuando llegó a casa lo encerró en la caja fuerte ignífuga.

*Chekhov, Anton. (1889). The bet. CommonLit. <https://www.commonlit.org/en/texts/the-bet>*